

ESTUDIOS CLÁSICOS

2020 ISSN 0014-1453 186



In memoriam Francisco Rodríguez Adrados · **Mark Janse** De Katpatuka a Jonanistán: surgimiento, muerte y resurrección del griego de Capadocia · *Daniel Ayora Estevan* Los marcos predicativos de *καλέω* en Homero y sus nominalizaciones · **María López Romero** Sobre *ὀπόστος* en griego antiguo · **Alfonso Lombana Sánchez** La compleja tradición manuscrita e impresa de Jano Panonio y la aportación de los manuscritos conservados en España · **Alicia Ortiz Gómez** Desde la investigación a la docencia: propuesta sobre textos epigráficos latinos en Bachillerato · **Cristina Tur** Una aproximación a la enseñanza de las colocaciones latinas a través de metáforas cognitivas

158



Estudios Clásicos (EClás), con ISSN 0014-1453, es una revista de periodicidad semestral que fue fundada en 1950 y es el órgano de difusión de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (SEEC). Consta de tres secciones: Artículos, Reseñas y Actividades de la SEEC. La revista recibe contribuciones relacionadas con el mundo grecolatino y su pervivencia, que se pueden inscribir dentro de los apartados temáticos de *Cultura Clásica*, *Actualización científica y bibliográfica* y *Didáctica de las lenguas clásicas*. Además de estas secciones, la revista ha creado la sección *Investigador invitado*, destinada a la publicación de un artículo traducido al castellano de un investigador extranjero que ofrezca nuevas aproximaciones o aspectos relevantes sobre temas de interés de la SEEC.

Edición

Sociedad Española de Estudios Clásicos

Redacción y Correspondencia

Estudios Clásicos

Sociedad Española de Estudios Clásicos

c/ Serrano, 107

28006 Madrid (España)

Suscripciones

estudiosclasicos@estudiosclasicos.org

<http://estudiosclasicos.org>

91 564 25 38

Estudios Clásicos se encuentra en las siguientes bases de datos: ISOC, L'Année philologique (Aph), Latindex, Linguistic Bibliography/Bibliographie Linguistique, Directorio de Revistas Españolas de Ciencias Sociales Humanas, y Dialnet.

ISSN: 0014-1453

Depósito legal: M.567-1958

Imagen de cubierta: Composición a partir del retrato de una familia capadocia en los años 20 del s. XX, del documental *Δuo φορές ξένος* (*Twice a Stranger*), <http://www.twiceastranger.net> y <http://www.anemon.gr/films/film-detail/twice-stranger-doc>.

Diseño y composición: Sandra Romano, <https://semata.xyz>

Impresión: Solana e Hijos Artes Gráficas, SA

c/ San Alfonso 26, Leganés, 28917 Madrid

REVISTA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

Estudios Clásicos



VOLUMEN 158

MADRID ■ 2020

Estudios Clásicos

Revista de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (SEEC)

DIRECTOR

Jesús de la Villa
Presidente de la SEEC

SECRETARIA

Belén Gala Valencia
Vicesecretaria de la SEEC

CONSEJO DE REDACCIÓN

Antonio Alvar Ezquerro
*Catedrático de Filología Latina,
Universidad de Alcalá de Henares*

Patricia Cañizares Ferriz
*Profesora Contratada Doctora
Universidad Complutense de Madrid*

Francesc Casadesús Bordoy
Miembro de la Junta Directiva de la SEEC

Dulce Estefanía Álvarez
*Catedrática emérita de Filología Latina
Universidad de Santiago de Compostela*

Emma Falque Rey
Vicepresidenta de la SEEC

Manuel García Teijeiro
*Catedrático de Filología Griega
Universidad de Valladolid*

Julián González Fernández
Miembro de la Junta Directiva de la SEEC

M.^a Paz de Hoz García-Bellido
Tesorera de la SEEC

Rosa M.^a Iglesias Montiel
*Catedrática de Filología Latina
Universidad de Murcia*

David Konstan
Brown University

Antonio López Fonseca
Vocal de la SEEC

Rosa Mariño Sánchez-Elvira,
Secretaria de la SEEC

Antonio Melero Bellido
*Catedrático de Filología Griega
Universidad de Valencia*

Enrique Montero Cartelle
*Catedrático de Filología Latina
Universidad de Valladolid*

Ana Moure Casas
*Catedrática de Filología Latina
Universidad Complutense de Madrid*

M.^a José Muñoz Jiménez
Vicepresidenta de la SEEC

Victoria Recio Muñoz
Vocal de la SEEC

Jaime Siles Ruiz
*Catedrático de Filología Latina
Universidad de Valencia*

CONSEJO ASESOR

Michael von Albrecht
Universidad de Heidelberg

Paolo Fedeli
Università degli Studi di Bari

Luis Gil
Universidad Complutense de Madrid

Ana M.^a González de Tobia
Universidad Nacional de La Plata

José Martínez Gázquez
Universidad Autónoma de Barcelona

Julián Méndez Dosuna
Universidad de Salamanca

José Luis Vidal Pérez
Universidad de Barcelona

Índice

Contents

7-10 *In memoriam* Francisco Rodríguez Adrados

Investigador invitado Guest Researcher

13-38 MARK JANSE ▪ De Katpatuka a Jonanistán: surgimiento, muerte y resurrección del griego de Capadocia From Katpatuka to Ionanistan: The rise, demise and reawakening of Cappadocian Greek

Cultura Clásica Classical Culture

41-62 DANIEL AYORA ESTEVAN ▪ Los marcos predicativos de *καλέω* en Homero y sus nominalizaciones The Predicate Frames of *καλέω* in Homer and their Nominalizations

63-77 MARÍA LÓPEZ ROMERO ▪ Sobre *ὀπόστος* en griego antiguo On *ὀπόστος* in Ancient Greek

79-97 ALFONSO LOMBANA SÁNCHEZ ▪ La compleja tradición manuscrita e impresa de Jano Panonio y la aportación de los manuscritos conservados en España The complex handwritten and printed tradition of Janus Pannonius and the Contribution of Manuscripts Preserved in Spain

Didáctica de las Lenguas Clásicas Didactics of the Classical Languages

101-121 ALICIA ORTIZ GÓMEZ ▪ Desde la investigación a la docencia: propuesta sobre textos epigráficos latinos en Bachillerato From research to teaching: Proposal on Latin epigraphical texts in High School

123-140 CRISTINA TUR ▪ Una aproximación a la enseñanza de las colocaciones latinas a través de metáforas cognitivas An approach to teaching Latin collocations through cognitive metaphors

Reseña de libros Book Review

- 143-144 Lidia Perria (2018) *Γραφίς. Una historia de la escritura griega librería, del siglo IV a.C. al siglo XVI d.C.* (JESÚS F. POLO ARRONDO)
- 144-147 Isabel Sánchez Ramos & Pedro Mateos Cruz (eds.) (2018) *Territorio, topografía y arquitectura de poder durante la Antigüedad Tardía* (JAVIER SALIDO DOMÍNGUEZ)
- 147-148 Emilio del Río (2019) *Latín lovers (La lengua que hablamos aunque no nos demos cuenta)* (ALEJANDRO ABAD MELLIZO)
- 148-150 Antonio Alvar Ezquerro (coord.) (2019) *Siste, viator. La epigrafía en la antigua Roma* (ELVIRA RODRÍGUEZ MARTÍN)
- 150-152 Juan Signes Codoñer, José Domingo Rodríguez Martín & Francisco Javier Andrés Santos (2019) *Diccionario jurídico bizantino griego-español sobre la base de la Introducción al derecho del patriarca Focio y de las Novelas de León VI el Sabio* (INMACULADA PÉREZ MARTÍN)
- 152-153 Carlos Herrera Carmona (2019) *Sabina. La maldición de Mirtilo* (CARLOTA LUNA MERELO)
- 154-156 T. Spawforth (2019) *Una nueva historia del mundo clásico* (ANTONIO LÓPEZ FONSECA)
- 156-160 Un viaje hacia nosotros mismos. Tres libros para interpretar el presente desde la épica homérica: D. Mendelsohn (2019) *Una Odisea. Un padre, un hijo, una epopeya*; S. Tesson (2019) *Un verano con Homero*; Th. Kallifatides (2020) *El asedio de Troya* (ANTONIO LÓPEZ FONSECA)
- 160-161 Irene Vallejo (2019) *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo* (VICTORIA RECIO MUÑOZ)
- 161-164 Marta Monedero (2019) *La otra Grecia. Viaje a Salónica, Macedonia y los Balcanes del sur* (ALICIA VILLAR LECUMBERRI)

**Actividades de la Sociedad Española
de Estudios clásicos** Activities of the
Spanish Society of Classical Studies

- 167-176 Actividades de la Nacional National Activities
177-184 Actividades de las Secciones Local Activities
185-192 **Normas de publicación** Author Guidelines

Reseña de libros

Lidia Perria, Γραφίς. Una historia de la escritura griega libraria, del siglo IV a.C. al siglo XVI d.C., Madrid, Ediciones Universidad San Dámaso, Subsidia Instrumenta 9, 2018, 309 pp., ISBN 978-84-16639-62-5

JESÚS F. POLO ARRONDO
jesus.polo@uam.es

DOI: 10.48232/eclas.158.07

Desde que Bernard de Montfaucon publicó su *Palaeographia Graeca* en 1708, no ha visto la luz un número elevadísimo de manuales de esta disciplina y mucho menos en lengua española. La obra que presentamos es el primer manual en español completo y fruto de años de reflexión y docencia de Paleografía griega. En efecto, se trata de la traducción realizada por Lucia Benassi e Inmaculada Pérez del manual de Lidia Perria que apareció en el año 2011 en italiano en la colección *Quaderni di Néa 'Póμνη* publicado por la Università degli Studi di Roma «Tor Vergata» y la Biblioteca Apostolica Vaticana. En esta obra, Alessia A. Aletta, Donatella Bucca y María Teresa Rodríguez revisaron respetuosamente los apuntes de clase de L. Perria, fallecida en 2003, para su publicación.

La obra comienza con un prólogo a la traducción española en la que se explica la formación de la obra italiana y la finalidad del libro. A continuación, el prefacio nos informa sobre los orígenes de la Paleografía griega en tanto que disciplina autónoma y su relación con la Filología. Después, hay un útil apartado sobre cuestiones terminológicas donde la autora aclara muchos conceptos que se usan a lo largo del libro como mayúscula, minúscula, módulo, ductus o trazado. Continúa el libro con una sucinta presentación de la bibliografía más relevante sobre Paleografía griega y sobre los repertorios a los que acudir en busca de una bibliografía más exhaustiva. Terminada esta presentación, se estudian las escrituras griegas siguiendo un orden cronológico. Comienza

con las escrituras mayúsculas, organizadas en tres períodos (tolemaico, romano y bizantino), para continuar con la minúscula libraria desde el s. IX hasta la aparición de la imprenta. Cuando termina el capítulo de las escrituras minúsculas de los ss. IX y X en Constantinopla, la autora introduce otro capítulo sobre las escrituras de ámbito provincial entre los ss. X-XII (sur de Italia, Asia menor, Monte Atos, Grecia y Epiro). Después de revisar las escrituras minúsculas del s. XIII, se detiene en las de Palestina, Chipre y el Salento entre los ss. XIII y XIV. La descripción de las escrituras termina con su presentación entre los ss. XIV y XVI.

En la parte final hay unos concisos y útiles Anejos. El primero de todos tiene que ver con las abreviaturas y *Nomina Sacra*; el segundo con la taquigrafía y braquigrafía, cuyas tablas ofrecen una visión muy clara de las principales abreviaturas que es posible encontrar en los manuscritos griegos. El tercer Anejo trata sobre nociones elementales de cronología bizantina. Por ello, incluye información sobre el sistema numeral griego, la medida del tiempo en eras, años e indiciones, las horas del día y de la noche, las fechas de las suscripciones y aborda de forma práctica algunos problemas de cronología. Toda la información de este Anejo cronológico es necesaria para que el estudiante sea capaz de entender las suscripciones de los manuscritos griegos, de los que la autora ofrece cuatro ejemplos con comentario en el siguiente Anejo. Esta sección continúa con la presentación de la pronunciación medieval y moderna del griego, explica qué son los cánones eusebianos y tiene una última sección sobre codicología de los manuscritos griegos. En este último Anejo, se presenta de forma somera el paso del rollo al códice, los palimpsestos, la elaboración del códice y la del códice de papel, cómo se numeran los cuadernos y termina explicando la decoración y encuadernación de los manuscritos griegos. La obra se cierra con unos utilísimos índices

tanto de ilustraciones como de nombres y cosas destacadas, y de manuscritos, a cargo de Carmen García Bueno.

Son muchas las virtudes de este libro, de las que solamente presentaré algunas a continuación. En primer lugar, es un libro que sobresale por su sencillez y claridad en la presentación y descripción de las escrituras. Además, si alguien quiere profundizar más en algún estilo o estilización, la autora ha introducido muy oportunas notas a pie de página donde encontrar la bibliografía más relevante sobre el asunto, ya sea sobre una particularidad gráfica, un estilo o toda una época. Por ejemplo, las escrituras presentadas de forma resumida de los ss. XI-XIII (pp. 147-161) están descritas en toda su complejidad y variedad en un artículo que cita: el de P. Canart y L. Perria titulado «Les écritures livresques des XI^e et XII^e siècles» en las actas del célebre Coloquio Internacional de Paleografía griega de 1983. Por otro lado, la traductora Inmaculada Pérez, ha añadido referencias bibliográficas relevantes posteriores a la aparición de la versión italiana del manual. En otras ocasiones, la autora indica que los estudios sobre un determinado tipo de escrituras están en proceso, como en la p. 145 sobre las escrituras orientales de ámbito palestino, sugiriendo, de este modo, vías para una futura investigación.

Otra virtud es que las escrituras descritas están acompañadas de imágenes que ilustran la exposición escrita. Lo mismo puede decirse de los dibujos que permiten comprender explicaciones quizá un poco más complejas, como la de ángulo de escritura (p. 44). Las tablas en que se resume la morfología de las escrituras son muy esclarecedoras, como la de la p. 80 donde se comparan las escrituras hagiopolita y la estudita. Además, en el libro hay continuas referencias a otra obra fundamental para el estudiante de Paleografía griega que es la de la paleógrafa E. Follieri (1969) *Codices Graeci Vaticani Bibliothecae Vaticanae selecti*, Città del Vaticano, Exempla scripturarum

4, 1969. Esta otra obra contiene 70 láminas con sus correspondientes transcripciones y es utilísima para ejercitar en ellas lo explicado por Perria en su manual. Además, la propia Perria comenta algunas láminas del repertorio de Follieri.

En definitiva, se trata de una obra estu-penda para aquellos estudiantes de Filología Clásica que quieran adentrarse de forma sencilla y completa en la Paleografía griega. En el momento actual en el que pelagra la Filología en general y la Clásica en particular, una obra de este tipo es muy bienvenida puesto que saber leer los papiros y manuscritos griegos es absolutamente imprescindible para poder acometer objetivos fundamentales de la Filología Clásica como la crítica textual y la edición de textos griegos.

Isabel Sánchez Ramos & Pedro Mateos Cruz (eds.) Territorio, topografía y arquitectura de poder durante la Antigüedad Tardía, Mérida, CSIC/ Junta de Extremadura/IAM, 2018, 323 pp., ISBN 978-84-09015-89-4

JAVIER SALIDO DOMÍNGUEZ
javier.salido@uam.es

DOI: 10.48232/eclas.158.08

El libro *Territorio, topografía y arquitectura de poder durante la Antigüedad Tardía*, editado por Isabel Sánchez Ramos y Pedro Mateos Cruz, compendia diez estudios que centran su atención en los yacimientos más destacados del poder civil y eclesiástico en la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media, entre los ss. IV y el IX en la Península Ibérica y, en menor medida, en la Francia meridional. Siguiendo como hilo conductor la arquitectura entendida como imagen de prestigio social y máximo exponente de transformación de los paisajes culturales, se analizan de manera particular las ciudades y territorios de *Barcino*, *Augusta Emerita*, *Carthago Spartaria*, *Toletum*, *Recopolis* y del sur de Francia, los ejemplos más destacados de este periodo, si

bien podían haberse incluido otros también importantes, como *Tarraco*, *Caesaraugusta*, *Valentia*, *Corduba* o *Bracara Augusta*.

No cabe duda de que la excepcionalidad de las ciudades y yacimientos elegidos, así como la visión de los especialistas encargados que presentan las últimas novedades arqueológicas, contribuyen a aumentar el interés en esta colección de estudios. El avance de las investigaciones, mediante la revisión de los datos de antiguas intervenciones, muy antiguas o no publicadas, el reconocimiento que en la actualidad otorgamos a la cultura material local y regional propia de este periodo y, sobre todo, la ingente información que ha generado y está generando la denominada «Arqueología de urgencia o de gestión» en las últimas décadas, además de excavaciones sistemáticas de merecido reconocimiento, justifican sin duda la publicación de esta necesaria obra.

M. Heijmans en el capítulo «La présence des Wisigoths dans les *sedes regiae* du Midi de la Gaule» (pp. 55–77) analiza de manera particular los centros de poder del territorio meridional francés. Este capítulo es verdaderamente interesante porque da a conocer las influencias que recibieron las ciudades de esta región por parte de las poblaciones visigodas y que sirvieron, de manera más o menos estable, como residencia de los reyes visigodos. Se analizan además las transformaciones que han podido documentarse en la topografía urbana de estas *sedes regiae*.

En la Península Ibérica se analizan de manera particular ciudades de notable importancia como la antigua *Barcino*. El trabajo de J. Beltrán de Heredia Berceiro, «Barcelona, la topografía de un centro de poder visigodo: católicos y arrianos a través de la arqueología» (pp. 79–125) somete a estudio la basílica, baptisterio y una tumba monumental privilegiada datados en el s. VI y localizados en el subsuelo de la Basílica de los Santos Mártires Justo y Pastor. Es de destacar en este capítulo la hipótesis que plantea, a partir de los resultados de las excavaciones

arqueológicas y las fuentes documentales, la presencia de dos grupos episcopales en la ciudad, católicos y arrianos.

En el capítulo de P. Mateos Cruz, «De capital de la diócesis *Hispaniarum* a sede temporal de la monarquía sueva. La transformación del urbanismo en Augusta Emerita durante los ss. IV y V» (pp. 127–153) se explica el proceso de transformación urbana que sufre la antigua colonia emeritense durante su evolución desde capital de la *Diocesis Hispaniarum* a comienzos del s. IV hasta convertirse, a lo largo de la siguiente centuria, en sede temporal de la monarquía sueva en Hispania. Tal y como sucede en otras ciudades, algunos edificios de época romana, como el teatro, perderán progresivamente su función, otros espacios serán abandonados e incluso destruidos, como ha podido documentarse en la zona de la Morería y la antigua alcazaba, y otros, como el denominado «templo de Diana», serán transformados al tiempo que se erigen nuevas construcciones bajo los nuevos parámetros del poder ejercido por la Iglesia, como la basílica suburbana de Santa Eulalia en la segunda mitad del s. V.

Un ejemplo de reocupación del espacio urbano se documenta también en la antigua *Carthago Nova* donde, entre los ss. IV y VII se producen importantes transformaciones que afectan a los edificios públicos. Es el caso del antiguo teatro romano, que acoge nuevas estructuras con distintos usos, funcionando en este periodo como mercado y espacio comercial. Este interesante análisis, recogido en el capítulo de S. Ramallo Asensio y F. Cerezo Andreo, «*Carthago Spartaria*, declive y recuperación de una civitas romana en la *Spania* bizantina» (pp. 155–194), aborda también las transformaciones urbanísticas que se producen a partir del s. VI, y en particular en la fase que coincide con la ocupación de los *milites romani*, enviados por Justiniano en su proyecto de *Renovatio Imperii* y que suponen la configuración de un urbanismo desestructurado y discontinuo, asociado a

nuevas áreas funerarias que ocupan espacios de la vieja ciudad augustea.

Del capítulo dedicado a Toledo, a cargo de los investigadores y arqueólogos R. Barroso Cabrera, J. Carrobles Santos, J. Morín de Pablos e I. Sánchez Ramos, bajo el título «*Toletum*. Configuración y evolución urbana de la capital visigoda y su territorio» (pp. 195-236), destaca el interesante estudio de la arquitectura de prestigio de su territorio, donde son especialmente notables las novedades del yacimiento de Los Hitos en Arisgotas. El yacimiento, excavado parcialmente por Balmaseda Muncharaz entre los años 1975 y 1982, ha sido objeto de recientes investigaciones con aportaciones fundamentales para la comprensión de este complejo yacimiento. En este trabajo se exponen datos sobre la fase más antigua documentada, de finales del s. VI d.C., cuando se erige un impresionante edificio de representación.

El capítulo publicado por el director de las excavaciones arqueológicas, L. Olmo Enciso («*Recópolis*: la construcción de nuevo paisaje en época visigoda», pp. 237-259), si bien no responde a las propuestas y planteamientos reinterpretativos de los edificios localizados en el yacimiento (I. Velázquez, I. & G. Ripoll «*Recopolis: Vrbs Relicta? An Historico-Archaeological Debate*», en N. Christie & A. Augenti (eds), *Vrbs Extinctae. Archaeologies of Abandoned Classical Towns*, Aldershot-Burlington, 2012, 145-175; J. Arce, *Esperando a los árabes: Los visigodos en Hispania (507-711)*, Madrid, 2017, 213-232), presenta importantes novedades sobre la base de la información del registro palinológico y zoológico de la ciudad, señalando un posible cambio del clima que tiende hacia el enfriamiento a partir de mediados del s. V d.C. y un consumo de suidos que permite, ante estos datos preliminares, revisar la idea del cambio dietético tantas veces defendida entre el mundo visigodo e islámico.

A estos estudios, más centrados en las ciudades y sus territorios, se suma el análisis del yacimiento de Pla de Nadal («Pla de

Nadal: la residencia de Teodomiro. Entre visigodos y omeyas», pp. 261-281), firmado por E. Juan Navarro, I. Escrivá Chover, J. Morín de Pablos, A. Ribera i Lacomba, M. Roselló Mesquida e I. Sánchez Ramos. Sobre este conjunto palatino excepcional construido en el territorio de *Valentia* se ofrecen algunos datos de interés. Con un aspecto de palacio-fortaleza, este edificio de carácter áulico y residencial se ha relacionado, partiendo de la documentación epigráfica, con el famoso Teodomiro, noble visigodo con un gran patrimonio territorial que es bien conocido por el pacto que firmó con Abd al-Aziz ibn Musa, hijo del valí de Ifriqiya, según el cual, a cambio de su sumisión a los nuevos gobernantes islámicos, se respetaban sus propiedades y el de la población cristiana en un territorio en torno a siete ciudades.

En el capítulo «La arquitectura palatina como expresión monumental de la legitimidad de la monarquía astur» (pp. 283-318), I. Bango Torviso analiza los principales edificios de la arquitectura áulica promovidos por los monarcas astures. El interés de esta contribución descansa en los datos presentados en defensa de la presencia de un palacio real junto al Salvador, una teoría que ha sido cuestionada en la historiografía más reciente. Además, el autor propone que el conjunto de Santullano, de acuerdo con la documentación presentada y las propias características del templo conservado, debe ser interpretado como un monasterio, a diferencia de las teorías que lo consideran un palacio. En cuanto al complejo áulico de Naranco, señala que no responde a las necesidades de acoger una residencia para defender a Ramiro I frente a la corte ovetense, sino que tiene un carácter lúdico, además de manifestar la práctica piadosa de los reyes.

Como inicio y final del volumen, el lector puede aproximarse a un análisis general de la arquitectura palatina tetrárquica (R. Hidalgo Prieto, «Las sedes imperiales al final del Imperio: en torno a la interpretación de la arquitectura palatina tetrárquica», pp.

21-54) y a unas reflexiones críticas sobre los principios que permiten definir la ideología del poder episcopal y civil en el periodo tardoantiguo, con las que se sella el libro (J. Guyon, «*Postface-conclusions*», pp. 319-323).

En definitiva, esta obra actualiza y revisa los últimos datos procedentes de importantes ciudades tardoantiguas con sus respectivos territorios, con especial énfasis en la arquitectura del poder. Este libro es un magnífico ejemplo de cómo, desde hace varias décadas, varios investigadores y especialistas de gran renombre están arrojando luz sobre una época tan oscura como es el periodo tardoantiguo. Esa penumbra venía dada, en cierto modo, por ser considerado un periodo transicional, que actuaba a modo de bisagra entre dos mundos, el clásico y el medieval y que en ocasiones no ha sabido entenderse a nivel científico. Nuestro desconocimiento no procedía de la inexistencia de documentación literaria sobre este periodo, ni mucho menos de la ausencia de restos arqueológicos y de cultura material, sino del generalizado desinterés por comprenderlo desde unos puntos de vista tan limitados como los indicados. Y si uno no está convencido de ello, recomiendo la lectura del volumen que aquí recensamos.

Emilio del Río, *Latín lovers (La lengua que hablamos aunque no nos demos cuenta)*, Barcelona, Espasa, 2019, 247 pp., ISBN 978-84-67054-79-8

ALEJANDRO ABAD MELLIZO
aleabad@ucm.es

DOI: 10.48232/eclas.158.09

Verba volant, scripta manent. La primera parte de esta famosísima máxima latina, pronunciada por el emperador Tito ante el Senado, y que sería el equivalente a nuestro refrán «Las palabras se las lleva el viento», ha sido el título que durante ya casi ocho años ha llevado una sección en la radio nacional dedicada enteramente a la lengua latina,

presentada por el profesor Emilio del Río, en la que durante unos diez minutos aproximadamente se expone, siempre de una manera completamente divulgativa y amena, tanto curiosidades de la lengua de Cicerón como su presencia y evolución en la lengua castellana: el libro aquí reseñado forma de este programa radiofónico, como el propio autor reconoce en el segundo prólogo, aquí llamado «Unas palabras antes de hablar» (pp. 15-17), comenzando ya desde el primer momento con un juego de palabras etimológico con el término griego «prólogo» (p. 17).

Este es, sin embargo, el segundo de los prolegómenos: el primero está firmado por Pepa Fernández, galardonada periodista y directora del programa *No es un día cualquiera* en el que se integra este espacio de *Verba volant*, y en el que se presenta el fin último de esta obra: hacer una apología de la presencia de la lengua de los romanos en nuestro día a día, y fruto de esto, destacar la importancia de la enseñanza de las lenguas clásicas, griega y latina, en nuestro sistema educativo (pp. 11-14).

Siguen a estos dos prólogos, el de la directora y el del autor, un total de cincuenta y dos capítulos, normalmente con una extensión de entre tres y cinco páginas; cualquiera de estos, en palabras del propio autor «(...) pueden leerse en cualquier orden, no siguen ningún hilo conductor» (p. 16). Todos los capítulos presentan títulos tan sorprendentes —y también algo confusos, al menos *a priori*— como «Sobre esta pizza edificaré mi imperio» (pp. 22-26), «¿Sueñan los extraterrestres con turrón?» (pp. 36-40), «De Espartaco a *Grease*» (pp. 71-73) o «El dinero no huele» (pp. 146-148); encontramos también otros títulos que, si bien son conocidos, no esperaríamos hallarlos en un libro acerca de la lengua de Roma: son capítulos como «Forastero, no debiste cruzar el Mississipi» (pp. 30-31), «Al pan, pan, y al vino, vino» (pp. 43-49), «La guerra de las galaxias» (pp. 80-85), «¡Viva la Pepa!» (pp. 113-115), o «Hacerse el sueco» (pp. 196-201).

Y es que el lector no sabe de qué va a tratar el capítulo a leer hasta que se adentra en él: a grandes rasgos, y por seguir con algunos de los ejemplos mencionados en el párrafo anterior, «Sobre esta *pizza* (...)» trata sobre el pan que se comía en la antigua Roma, siendo entonces origen del término «pizza» el verbo latino *pinsare*, «amasar»; «Forastero, (...)» sobre distintos términos provenientes del adverbio latino *foras*, como este mismo «forastero», pero también «foráneo», «forajido» o, finalmente, también «huraño» (*foraneus* > *foraño* > *horaño* > *huraño*, p. 31). «¿Sueñan los extraterrestres (...)» trata de distintos términos, principalmente geográficos, relacionados con el sustantivo *terra*, que se relaciona etimológicamente con «terrón» y «turrón». «La guerra de las galaxias» es un capítulo dedicado enteramente a términos astronómicos, como los sustantivos *stella*, *astrum* o *constellatio*, y términos castellanos relacionados con ellos, como «des-astre», mientras que «De *Grease* (...)» se estudia el adjetivo *crassus*, «grasiento, grueso», que además de ser el nombre del hombre más rico de Roma que formó el primer Triunvirato con César y Pompeyo, dará el término inglés *grease*, que servirá de título a la famosa película de 1978.

Pero además de un centenar de curiosidades etimológicas como las que hemos ejemplificado hasta ahora, el libro también incluye una serie de sorpresivas relaciones que consiguen dibujar una sonrisa en el rostro del lector: así, por ejemplo, se compara el famoso poema «Érase un hombre a una nariz pegado» de Quevedo sobre Luis de Góngora con las representaciones artísticas que se hacían del dios Príapo y su «superlativo fallo» (pp. 185–188), o una relación de las grandes invenciones romanas para la posteridad copiando y adaptando un famoso diálogo de la película *La vida de Brian* (1979) de los Monty Python («¿Qué han hecho los romanos por nosotros?», pp. 18–21).

Lo que más se echa de menos en una obra como esta sea quizá un glosario final que nos

dirija al capítulo en cuestión cuando buscamos una etimología en concreto, pues como ya hemos indicado antes, en la mayoría de los casos el lector no sabe qué se va encontrar en el apartado que va a comenzar hasta que se ha sumergido ya en su lectura, y los títulos que los nombran, si bien cumplen a la perfección su función de sorprender y divertir ya desde un primer momento, no son, como hemos visto, especialmente descriptivos ni aclaratorios.

Nos encontramos ante un libro, igual que el programa de radio en el que tuvo germen, completamente divulgativo, que pretende enseñar latín, sobre todo el origen etimológico de infinidad de términos castellanos, pero desde el humor y el ingenio que caracterizan al profesor del Río, que, podemos percibir, ha disfrutado escribiendo cada una de estas páginas, igual que disfruta de cada segundo en su sección radiofónica. Es, en fin, un libro entretenidísimo que apreciarán tanto filólogos de cualquier nivel como lectores que se aproximen por primera vez a la lengua de César u Ovidio, pues, escrito de una manera divulgativa y divertida, permite no solo que nos deleitemos con cada capítulo, sino que además aprendamos o recordemos el curioso origen de algún término en el que nunca habíamos caído, y hará de cualquier posible lector que se adentre en sus páginas un auténtico *Latín lover*.

Antonio Alvar Ezquerro (coord.)
Siste, viator. La epigrafía en la antigua Roma, Madrid, Universidad de Alcalá, 2019, 306 pp., ISBN 978-84-17729-06-6

ELVIRA RODRÍGUEZ MARTÍN
 erodriguez@flog.uned.es

DOI: 10.48232/eclas.158.10

Tras la celebración de la exposición «Siste, Viator: la epigrafía en la antigua Roma», coordinada por el catedrático Antonio Alvar Ezquerro, de la Universidad de Alcalá, y comisariada por Macarena Calderón Sánchez,

Noelia Vicent Ramírez y Ricardo de Balbín Bueno, se publica este volumen colectivo, homónimo con la exposición, coordinado nuevamente por Antonio Alvar Ezquerro, en el que colaboran la Universidad de Alcalá, la Fundación General de la Universidad de Alcalá y el Centro CIL II-UAH.

Siste Viator, se articula en cuatro grandes bloques precedidos de una introducción (pp. 9-13) de mano del coordinador, Antonio Alvar Ezquerro. El primer bloque recoge el trabajo de importantes epigrafistas en el panorama nacional e internacional. En el primero de ellos, «La cultura epigráfica como reflejo de un mundo alfabetizado» (pp. 15-25), Marc Mayer i Olivé muestra que la cultura escrita en Roma está presente en prácticamente todos los escenarios posibles. En segundo lugar, Javier Andreu Pisado, en «¿Para qué sirve estudiar la epigrafía latina?» (pp. 27-33), señala que la epigrafía latina permite estudiar la historia de Roma desde una perspectiva más realista que la ofrecida por la literatura historiográfica, deudora de una ideología y momento político determinados. A continuación, el artículo «El *Corpus Inscriptionum Latinarum*: más de 150 años custodiando inscripciones romanas» (pp. 35-39) de Helena Gimeno Pascual analiza los numerosos intentos de aunar todas las inscripciones romanas en un corpus universal, antes de la creación del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL), cuyo éxito radica en que se trata de un corpus abierto en el que se siguen haciendo importantes aportaciones. Más tarde, en «Los talleres epigráficos de Hispania» (pp. 41-51), Juan Manuel Abascal ofrece una panorámica sobre el proceso de producción de inscripciones en el mundo romano, especialmente en la península Ibérica. En quinto lugar, en «¿Cómo y dónde se escribe? Técnicas de escritura y materiales escriptorios» (pp. 53-61), Javier del Hoyo propone una clasificación de los restos epigráficos en función de las técnicas de inscripción. Posteriormente, Concepción Fernández-Martínez nos muestra en

«¿Cómo se reconstruyen las inscripciones deterioradas?» (pp. 63-71) cómo, gracias a la filología clásica se pueden reconstruir los textos epigráficos con lagunas, con diferentes grados de exactitud, en función de la naturaleza textual de las inscripciones. A continuación, en «Epigrafía en la era digital. Recursos y herramientas» (pp. 73-86), Luis Ángel Hidalgo Martín ofrece una selección de las bases de datos y recursos para el estudio de la epigrafía. Analiza también la presencia de la epigrafía en las redes sociales. Javier Velaza Frías, por su parte, nos muestra en «Los dioses y la epigrafía» (pp. 87-94) cómo la epigrafía romana evidencia una religiosidad mucho más compleja de la reflejada en las fuentes escritas. Más tarde, en «El culto a los antepasados: la epigrafía funeraria» (pp. 95-100), Ricardo de Balbín Bueno nos demuestra que solo mediante la combinación de las fuentes epigráficas, las fuentes literarias y las artísticas se pueden conocer con exactitud los ritos funerarios romanos. A continuación, el capítulo de Jonathan Edmondson, «Los espectáculos romanos a través de la epigrafía» (pp. 101-113), se centra en los textos epigráficos que aportan información relativa a la publicidad de los espectáculos públicos de la Hispania romana. Seguidamente, Javier Moralejo Ordax destaca, en «¿Qué nos dicen las inscripciones sobre el ejército romano?» (pp. 115-126), la importancia de la epigrafía para la construcción de la historia del ejército romano. Después, Noelia Vicent Ramírez, en «La voz de las mujeres en la epigrafía romana» (pp. 127-135), ofrece un retrato de la mujer romana a través de su presencia en la epigrafía y hace una selección de epígrafes que la caracterizan. A continuación, Macarena Calderón Sánchez, en «La expresión más popular: grafiteros artistas» (pp. 137-144), describe la epigrafía de la calle, protagonizada por los grafitos, así como la importancia de la escritura mural en la sociedad romana. En seguida, Joaquín L. Gómez-Pantoja, en «La epigrafía pobre»,

(pp. 145-149), realza el valor de la epigrafía pobre, siempre eclipsada y silenciada por el esplendor de la gran epigrafía monumental romana. A continuación, en «La historia de una ciudad romana a través de sus inscripciones: *Augusta Emerita*» (pp. 141-160), José María Murciano Calles destaca la importancia de la epigrafía en el estudio histórico de *Augusta Emerita*. Por otro lado, José Luis Ramírez Sádaba muestra, en «Las creencias en *Augusta Emerita*» (pp. 161-171), las diferencias entre la religiosidad de *Augusta Emerita* con respecto a las del resto del Imperio romano. En último lugar, M. Manuela Alves-Dias y Catarina Gaspar estudian, en «*Mutatis mutandis*: la epigrafía paleocristiana» (pp. 173-179), la continuación e innovación de la religión cristiana sobre la pagana. Después de estos artículos de investigación, tiene lugar el segundo bloque, la «Antología de textos literarios latinos sobre epigrafía» (pp. 181-207), preparada por el coordinador del volumen, Antonio Alvar Ezquerro, que consiste en una selección de textos literarios de todos los períodos de la literatura latina, y aporta una nueva perspectiva de la epigrafía desde la óptica literaria.

El tercer bloque, «Nuestro lapidario» (pp. 209-301), por Ricardo de Balbín Bueno, Macarena Calderón Sánchez y Noelia Vicent Ramírez, incluye fotografías en color y, en general, de gran calidad, de las inscripciones que han ido apareciendo a lo largo de los artículos del bloque II, así como otras fotografías nuevas, que se organizan en función del tipo, uso y técnica de las inscripciones. Las imágenes aparecen acompañadas de la transcripción de cada una de las inscripciones, algo enormemente útil, pero se echa en falta una cronología, aunque sea aproximada.

El cuarto y último bloque de este libro lo constituye la «Bibliografía sobre epigrafía latina» (pp. 303-306), una amplia y actualizada bibliografía de carácter general que se ha empleado para la redacción del volumen. Algunos de los artículos

del bloque II no incluyen bibliografía específica, sino que remiten precisamente a este apartado.

Desde mi punto de vista, lo único que le falta a este completísimo libro es un capítulo en el que se sistematicen las abreviaturas empleadas en la epigrafía latina, algo que podría ser enormemente beneficioso para los que se aproximen a esta ciencia por primera vez.

En definitiva, *Siste, Viator. La epigrafía en la antigua Roma* es una obra apta para todos los interesados en la epigrafía latina, tanto para los recién iniciados en ella, como para los expertos, puesto que presenta distintos niveles de profundización. Por esta razón es una lectura obligada para todo amante de la epigrafía latina, y es también un fiel reflejo de la gran labor de los investigadores del CIL II y de la Universidad de Alcalá, así como de la Fundación General de la UAH, a los que es necesario agradecer que este cuidado libro haya salido adelante.

Juan Signes Codoñer, José Domingo Rodríguez Martín & Francisco Javier Andrés Santos, Diccionario jurídico bizantino griego-español sobre la base de la Introducción al derecho del patriarca Focio y de las Novelas de León VI el Sabio, Granada, Editorial Comares 2019, LXXXI + 544 pp., ISBN 978-84-90457-89-4

INMACULADA PÉREZ MARTÍN
inmaculada.perez@cchs.csic.es

DOI: 10.48232/eclas.158.11

El libro que motiva esta reseña es ciertamente un libro especial, fruto del tesón de sus responsables y de una dinámica de trabajo que se ha desarrollado durante años y a través de la cual sus protagonistas han ido familiarizándose con la labor pionera de traducir sistemáticamente el vocabulario jurídico bizantino a una lengua moderna. Hay que decir que no existe ningún diccionario similar sobre ningún texto jurídico

griego y que por esa razón los responsables del que reseñamos han tenido que diseñar una metodología de trabajo desde cero. Que la traducción sea al español, por otra parte, no va a ser obstáculo para el uso que dará a la obra la comunidad internacional de estudiosos del derecho que, como no podía ser menos, están familiarizados con el latín y las lenguas romances. Juan Signes Codoñer es un filólogo clásico especialista en historiografía bizantina de época macedonia y ha dirigido distintos proyectos de investigación que le han permitido llevar a buen puerto esta publicación, con la indispensable colaboración de dos estudiosos del derecho romano que al mismo tiempo son filólogos clásicos, José Domingo Rodríguez Martín (UCM) y Francisco Javier Andrés Santos (UVA). Bajo su dirección ha trabajado un selecto grupo de colaboradores cuya labor se ha prolongado doce años y ha sido igualmente indispensable.

Los estudios de derecho bizantino son el ámbito amplísimo de muy pocos especialistas y la metodología que aplican está inevitablemente lastrada por el peso de los estudios sobre la gran legislación justiniana. Esta circunstancia, que se repite con distintos matices en otros muchos ámbitos de la civilización bizantina, provoca que el derecho posterior, cuyas aportaciones se prolongan hasta el s. XIV, tenga en la balanza una carga mucho más ligera que la del derecho tardoantiguo. Los instrumentos de trabajo con los que cuentan los estudiosos del derecho son, por otra parte, pocos: un valioso repertorio de manuscritos jurídicos; la serie *Fontes Minores*, que reúne en distintos volúmenes estudios particulares de derecho bizantino; ediciones imperfectas y desfasadas de obras que se resisten por su propia idiosincrasia a ser objeto de una edición crítica y de un estudio de la transmisión del texto. Una excepción es, por ejemplo, la edición de los *Ponemata* de Demetrio Comateno preparada por Prinzing en 2002, una colección de cartas, sentencias y actas

del arzobispo de Ojrida (1216/7–c. 1236) de enorme valor histórico.

En efecto, si bien los esfuerzos particulares de los historiadores del derecho han ido encaminados a la resolución de cuestiones en el ámbito jurídico bizantino, las fuentes sobre las que ellos trabajan se benefician igualmente de las aportaciones de los historiadores que acuden a ellas para que iluminen amplios y variados ámbitos de la sociedad y el Estado bizantinos. El presente diccionario es también una bocanada de aire puro en los estudios de derecho bizantino, pues el beneficio principal que un estudio lexicográfico de los términos jurídicos puede tener es, en efecto, el de permitirnos a los no especialistas la entrada en una realidad de difícil acceso sin las claves que años y años de estudio dan al especialista. Un segundo mérito evidente es que el diccionario utiliza como material de trabajo textos legales de la primera etapa macedonia, en concreto los dos *corpora* más sustanciales. El primero es la *Introducción al derecho* del patriarca Focio redactado poco antes de 886, una revisión del *Procheiros nomos* promulgado durante el reinado de Basilio I (867–886), ya traducida y estudiada por Juan Signes Codoñer & Francisco Javier Andrés Santos, *La Introducción al derecho (Eisagoge) del patriarca Focio* (Nueva Roma 28), Madrid 2007. El segundo texto son las 113 *Novelas* de León VI el Sabio, hijo del fundador de la dinastía macedonia, Basilio I, pupilo de Focio y él mismo emperador en 886–912, uno de los pocos emperadores bizantinos con una amplia producción literaria.

La elección del período protomacedonio tiene como mérito de partida el superar la etapa fundacional del derecho justiniano que comentábamos y abordar las aportaciones legales griegas en época plenamente bizantina, cuando la administración ya no es bilingüe y los textos jurídicos acuden a un acervo lingüístico que, aun asimilando con frecuencia términos latinos, es puramente griego. En efecto, una de las conclusiones a

las que ha llegado la presente investigación lexicográfica es que el lenguaje jurídico bizantino se construyó en el s. IX a partir de términos cotidianos; las *Novelas* de León VI muestran así una variedad léxica que va en contra de la precisión técnica propia del derecho, indicando que, aunque el vocabulario adecuado existía, no estaban fijadas las fórmulas de uso.

Aun ciñéndose a dos obras, los responsables del diccionario se han visto obligados a acotar el material de trabajo. Se han excluido, así, términos jurídicos cuyo significado ha de ser interpretado en función de una realidad histórica concreta: cargos, instituciones, dignidades, edificios y espacios públicos, monedas y pesos (pp. XVIII-XIX). También se ha eliminado el vocabulario más común del parentesco, a pesar de que en el campo «vínculo» (pp. LXXIX-LXXX) encontramos no pocos términos. Por otra parte, puesto que la mayoría del léxico es vocabulario común que adquiere un valor especializado en contexto jurídico, cada entrada recoge los usos comunes a la vez que los jurídicos.

La presentación es clara e impecable. El uso de símbolos, negritas, sombreado, versalitas, etc. ayuda enormemente a la categorización interna de las palabras de cada lema. Al final de cada término o de cada valor una manecilla reenvía a los campos semánticos listados en pp. XXVII-LXXXI. No menos importante es que cada cita vaya acompañada de su traducción.

Un diccionario es siempre una ventana a una civilización. En el caso del presente léxico jurídico, se convierte en un instrumento sofisticado que nos introduce a una realidad fascinante, la de una civilización que en el s. IX se reinventa una vez más a partir del uso renovado de un acervo lingüístico imprecadero.

Carlos Herrera Carmona, Sabina. *La maldición de Mírtilo*, Editorial Círculo Rojo, Almería, 2019, 141 pp., ISBN 978-84-13314-79-2

CARLOTA LUNA MERELO
carlota-luna@hotmail.com

DOI: 10.48232/eclas.158.12

El libro consta de dos obras de teatro, cuyos respectivos argumentos son sacados directamente de la Historia de Roma y de la Mitología de Grecia, con un aparato crítico que ayuda a aclarar ciertos nombres, conceptos y hechos. Las analizaremos por separado.

Sabina, la esposa del emperador Adriano, es «rescatada» por Carlos Herrera Carmona de la *quasi damnatio memoriae* a la que fue sometida de una manera involuntaria a lo largo de los siglos, a juzgar por los no muy abundantes datos historiográficos que tenemos de ella, especialmente en la *Historia Augusta*, datos que no la dejan en muy buen lugar. El argumento recrea una de las tres hipótesis barajadas para la muerte en extrañas circunstancias de Antinoo, amante de Adriano: la conjura contra él por enemigos del emperador, entre los que se encontraría su esposa. Esta, desechada por diversos motivos, especialmente por su situación marginal en la corte, sin influencia, sin amistades (no en vano el entablar una cierta relación de confianza con ella le valió a Suetonio el despido del cargo de secretario de correspondencia de Adriano), y, sobre todo, por no haber podido dar herederos a su esposo, con lo que hubiera sido «madre de príncipes» y su *status* sería otro muy distinto (a pesar de la noticia que nos ha llegado de su aborto provocado voluntariamente, y que nos parece algo inverosímil, pues era una de sus «obligaciones» como emperatriz).

El autor la hace a ella instigadora del crimen para castigar a su esposo donde más le podía doler durante el resto de su vida, como así fue. ¿No nos recuerda esto de alguna manera a Medea?

La obra consta de un acto único, a veces con diálogos entre la emperatriz y el coro formado por tres mujeres, y en otras ocasiones es un monólogo de la propia Sabina, con momentos verdaderamente trágicos y salpicados de lirismo cuando recuerda su origen gaditano o expresa su frustración como esposa y madre fallida. Como colofón, aparecerá al final Adriano.

Completa muy acertadamente esta obra un árbol genealógico de la Dinastía Ulpio-Elio-Antonina (hasta no hace mucho mal llamada Antonina), pues ambos cónyuges están emparentados con Trajano.

Para finalizar, destacamos la labor del dramaturgo, que hace posible incluir en el elenco de las protagonistas de la Tragedia greco-romana a una mujer real, que sufrió por estar casada con un hombre todopoderoso, preconizando casos muy cercanos a nosotros en el tiempo, como Jacqueline Kennedy o Lady Diana Spencer.

La maldición de Mírtilo nos desvela el origen ancestral de las terribles desgracias que sufrieron dos familias, protagonistas de las sagas principales de la Tragedia Griega: la Tebana y la Troyana. El autor se centra más en la primera, pues conecta al final con el inevitable desenlace que será la historia de Edipo y sus descendientes, saliendo este a escena en el momento álgido en el que va a consultar la causa de la terrible epidemia que asola la ciudad.

A pesar de ser una obra de teatro basada en un mito antiguo, *La maldición de Mírtilo* tiene momentos cinematográficos en su puesta en escena, no solo porque presenta tres proyecciones, sino también porque enlaza, como hemos dicho antes, el final del mito con su «continuación», *Edipo rey*, con lo que la obra podría calificarse de «precuela» de la Saga Tebana, e incluso de la Troyana, pues algunos de los protagonistas son Pélope, Hipodamía, Atreo y Tiestes...

Lo destacable son las figuras de Layo y Tiresias. El primero como punto de unión entre las dos sagas: rapta a Crisipo, hermano

de padre de Atreo y Tiestes, y lo viola por su descontrolada pasión. La consecuencia es la muerte del muchacho, cuya causa presenta tres variantes según los mitógrafos. El autor, Carlos Herrera Carmona, ofrece al público las tres para que este decida con cuál quedarse. Está claro el «pecado» de *hýbris*, y el castigo divino es más que conocido: la muerte de Layo a manos de su propio hijo, Edipo, hecho anunciado al primero por un oráculo. Las culpas se pagan de generación en generación.

La figura de Tiresias, importantísimo adivino presente en la literatura griega, será el hilo conductor de esta historia, informando al público del pasado: Pélope, padre de Crisipo y esposo de Hipodamía, también cometerá *hýbris*, la soberbia desmedida por el desprecio y desobediencia a los dioses, cuando soborna al auriga Mírtilo, para ganar una carrera de carros contra Enómao y así poder desposar a su hija Hipodamía. El auriga morirá asesinado a sus manos para no pagarle lo debido, pero antes lo maldecirá. Este hecho provocará todo lo que les acontecerá a sus hijos, Atreo y Tiestes, y a los hijos de estos... ¿Por qué no ver un paralelismo con las desgracias de los descendientes de Edipo? El futuro no está ausente, pues el adivino con el poder de la profecía donado por Zeus, lo irá desgranando a su pesar.

Para terminar, además de las proyecciones antes citadas, la obra está dividida en nueve cuadros y, al final, no falta la Prosopografía que ayuda al lector a conocer mejor a los personajes.

Carlos Herrera Carmona nos ofrece una verdadera tragedia griega con todas sus características, aunando la tradición con el teatro más vanguardista, sin restar nada de la esencia del mito original y su enseñanza.

T. Spawforth, *Una nueva historia del mundo clásico*, trad. C. Castells, Barcelona, Crítica, 2019, 414 pp., ISBN 978-84-91991-36-6

ANTONIO LÓPEZ FONSECA
alopezf@ucm.es

DOI: 10.48232/eclas.158.13

Podríamos estar todos de acuerdo en que, para alguien que quiera acercarse al mundo clásico, a la historia de Grecia y Roma, los manuales académicos no son lo más divertido que podemos recomendar. Por supuesto, son fundamentales para el avance del conocimiento, imprescindibles para la universidad, pero, claro, no están pensados para el común de los lectores. En los últimos años parece que el mundo editorial se ha percatado de esta circunstancia, estimulado por el creciente número de personas interesadas. Ahora sí contamos con espléndidas ediciones que permiten a cualquier lector curioso acceder al mundo clásico. Se trata de libros que no esconden su afán divulgativo, pero, eso sí, sin descuidar un ápice la rigurosidad que los convierte en igualmente válidos para el especialista y el profano, por cuanto combinan la seriedad del buen trabajo académico con la amabilidad de un relato, esto es, libros fascinantes. Estoy pensando en títulos como el de Robin Lane Fox, *El mundo clásico. La epopeya de Grecia y Roma* (Barcelona, Crítica, 2007), el primero que leí de estas características, o, más recientemente, los de la mediática Mary Beard, entre ellos el exitoso *SPQR. Una historia de la antigua Roma* (Barcelona, Crítica, 2016), que huye de los relatos basados exclusivamente en los grandes personajes y nos acerca a la realidad diaria del mundo antiguo, así como a los grandes olvidados (pobres, esclavos, mujeres...), o los de Tom Holland, un historiador más «tradicional» que se basa en los grandes hombres y los grandes acontecimientos políticos, pero con una escritura muy ágil, por ejemplo *Dinastía. La*

historia de los primeros emperadores de Roma (Barcelona, Ático de los Libros, 2017), o el último de Edith Hall, *Los griegos antiguos. Las diez maneras en que modelaron el mundo moderno* (Barcelona, Anagrama, 2020), obra en la que la autora llega a afirmar que en el Renacimiento, con el redescubrimiento de las obras de arte y literarias de la Grecia clásica, el mundo cambió por segunda vez.

Tony Spawforth, figura destacada en los ámbitos de la Historia y la Arqueología, es catedrático emérito de Historia clásica en la Universidad de Newcastle. En su dilatada carrera ha presentado documentales sobre Arqueología en el «Ancient Voices» de la BBC2 y entre sus publicaciones se encuentra el *Diccionario del mundo clásico* (Barcelona, Crítica, 2002), dirigido por él junto con Simon Homblower, y, en coedición con el mismo profesor y Esther Eidinow, la última versión del prestigioso *Oxford Classical Dictionary* (Oxford, Oxford University Press, 2012, 4ª ed.). Ahora, tal como señala Peter Frankopan en la sobrecubierta del libro, nos ofrece «un libro que devuelve el pasado a la vida». No sé si tanto, pero lo cierto es que no estamos ante un libro de historia al uso, sino ante uno que nos impelle a hacernos una pregunta: ¿y si la historia no fuera como nos la han contado? Porque la visión que propone el autor, tremendamente innovadora y sugerente, provocativa, «nueva» como reza el título, nos empuja a revisar lo que creemos saber. Se ofrece una historia de la civilización griega y romana que pone el énfasis en el hecho de que no vivieron de forma aislada, sino que fueron permeables a las influencias externas y a las interacciones con los pueblos vecinos, esto es, una visión que podríamos calificar de global y armoniosa.

Ya en el Prólogo, «Lo salvaje y lo domesticado: concepciones antiguas de la civilización» (pp. 11-22), leemos planteamientos lo suficientemente sugerentes e innovadores como para impedir que dejemos caer el libro de nuestras manos. En realidad comienza

como un cuento: «Hace más de dos mil quinientos años, quizá a finales del s. VIII a.C., un poeta relató unos acontecimientos que tuvieron lugar durante el asedio de la ciudad de Troya, que duró diez años». Y a continuación las palabras del autor nos ponen sobre aviso: «Este libro ofrece al lector mi visión de la historia. Su ambición es proporcionar un relato accesible del enorme caudal de historia antigua que debe considerarse» (p. 11). Dicho rápidamente, el punto de partida es el surgimiento del mundo micénico a partir del cual se traza un camino, a través del antiguo Egeo, hasta los mayores éxitos del estado helénico, el ascenso y caída de Roma, la llegada del Cristianismo y las consecuencias del primer Califato. Todo ello desde la contraposición de Oriente y Occidente. Por sus páginas señorean conceptos como libertad, democracia, religión, cultura, filosofía, pensamiento, heroicidad, guerra, paz... unos en construcción, otros en destrucción. En resumen, se cuenta una historia sobre una «civilización», porque eso es lo que más nos sigue asombrando de Grecia y Roma, su civilización, y Spawforth aborda precisamente su construcción, cómo el hombre avanzaba culturalmente gracias a su propia capacidad y revolucionaba sus maneras de pensar sobre la naturaleza humana (ya lo dijo Sófocles en su *Antígona*: «hay muchas cosas formidables, pero ninguna tan formidable como el hombre» - v. 332). En ese avanzar, los griegos contaron con grandes elementos civilizadores, como la vida en la ciudad y la escritura, una escritura con la que Heródoto describió «la diversidad cultural de los vecinos no griegos de Grecia con respeto y ecuanimidad, admitiendo que toda sociedad humana tiene una tendencia natural a pensar que es la mejor» (p. 15), dicho de otro modo, relatividad cultural y pluralismo para una civilización que se caracterizó por su capacidad para difundirse. Así llegamos a la Sicilia moderna y a los contactos con Roma, que absorbió, adoptó y adaptó lo que encontró, de modo que los

romanos fueron «los que más hicieron para convertir la civilización griega en una antigua 'supercultura'» (p. 19), mientras forjaban también un sentimiento de identidad entre sus multiculturales súbditos. El autor muestra la historia, desplegada a grandes rasgos en orden cronológico, de los inicios y el desarrollo de dos sociedades antiguas, solapadas y entremezcladas que nos legaron la «civilización clásica» y pone de manifiesto, y esta es una de las grandes novedades, que la interacción creativa con pueblos vecinos estimuló la innovación cultural.

El libro, tras el Prólogo, estructura sus veintinueve capítulos, con unos títulos muy sugerentes, en dos grandes bloques, «Primera Parte - Los griegos» (pp. 23-210) y «Segunda parte - Los romanos» (pp. 211-348), en los que se hace un recorrido por la civilización de griegos y romanos. El volumen se completa con el «Epílogo» (pp. 349-352); una «Cronología» (pp. 353-361); las «Notas» (pp. 363-380), ordenadas por capítulos, circunstancia esta que entorpece la lectura (creo que habría sido preferible ponerlas a pie de página); unas «Lecturas complementarias» (pp. 381-382); y el «Índice de nombres» (pp. 383-411). Además, cuenta con cinco mapas y un total de 27 ilustraciones a todo color agrupadas en un cuadernillo de papel couché entre las páginas 224-225.

Contamos, pues, con una imagen nueva de los pueblos y culturas de los que ha surgido nuestra civilización, una historia de Grecia y Roma y de su relación con los pueblos de su entorno (persas y etruscos, entre otros) que se aleja de las síntesis más tradicionales y enriquece el relato con las aportaciones más recientes de la investigación arqueológica. La obra proporciona datos actualizados junto a la visión personal del autor, que hace compatible el análisis riguroso con el estilo ameno, y presenta descubrimientos arqueológicos, algunos incluso pintorescos y que pudieran parecer «anecdóticos» pero que son sabiamente contextualizados para cimentar la argumentación,

salpicados también con vivencias propias y guiños a la actualidad, todo ello imbricado con continuas referencias a autores y obras de la literatura grecolatina. Sin duda, una extraordinaria manera de descubrir el mundo clásico.

Un viaje hacia nosotros mismos.

Tres libros para interpretar el presente desde la épica homérica:

D. Mendelsohn, *Una Odisea. Un padre, un hijo, una epopeya*, trad. R. Buenaventura, Barcelona, Seix Barral, 2019, 413 pp., ISBN 978-84-32234-67-5

S. Tesson, *Un verano con Homero*, trad. R. Juan-Catavella, Barcelona, Taurus, 2019, 265 pp., ISBN 978-84-30622 49-8

Th. Kallifatides, *El asedio de Troya*, trad. N. García, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2020, 171 pp., ISBN 978-84-17971-53-3

ANTONIO LÓPEZ FONSECA
alopezf@ucm.es

DOI: 10.48232/eclas.158.14

Decir que la huella del mundo clásico en la literatura de múltiples culturas y tiempos es relevante no es más que una obviedad, una auténtica perogrullada. Pero no podemos dejar de señalar la aparente contradicción de que justo en el momento en el que el conocimiento del mundo antiguo se va reduciendo y se plantea la necesidad, incluso, de prescindir de semejante fardo cultural, los artistas y los poetas no dejan de buscarlos para sus creaciones. Otra vez hoy, y mañana, la vuelta al mundo clásico. Desde luego, razones no nos faltan (cf. nuestro trabajo «Por si faltaran razones para acercarse al mundo clásico», *TEMPVS* 45 [2019] 87-96). Los autores siguen mirando hacia atrás con tozudez para encontrar la forma de hablar de los grandes problemas de hoy y de siempre. En ocasiones son simples rumores, ecos sutiles, sonidos que se perciben

débil y confusamente, otras son gritos que nos interpelan con insolente claridad, reflejados sobre el cuerpo duro del espesor de los siglos. Son la tremenda grandeza de las tramas antiguas, los dilemas obsesivos, las monstruosas soluciones lo que ha marcada la pauta y lo que se abandona solo intermitentemente. Como dijo Luis Díez del Corral (*La función del mito clásico en la literatura contemporánea*, Madrid, Gredos, 1957, p. 76), «el tiempo está en ellas como suspendido, pero no anulado, convertido en un ahora puntual y abstracto; es, antes bien, el suyo un condensado ahora». Al final, de lo que nos habla la literatura clásica, eso que nos interpela aún hoy, no es más que de la fragilidad y vulnerabilidad del devenir humano, de ellos y de nosotros. Cuántas veces hemos oído aquello de que «todo lo contaron los griegos», pero el reto es ver cómo esas viejas historias se actualizan, se revalorizan y dialogan con nuestra actualidad. A la postre, por ejemplo, la guerra de Troya es «la guerra», y hoy, como ayer y como siempre, la guerra malquista nuestra existencia. No hay nada más intemporal que una guerra; una guerra es igual a otra. Lluís Pasqual creó un *Edipo XXI* para el Festival de Otoño 2002 de la Comunidad de Madrid e hizo, en la presentación de su obra, la siguiente reflexión: «¿Cuántas veces y por cuántos motivos la humanidad ha emprendido guerras públicas o privadas? [...] ¿Cuántas veces también hemos repetido las acciones que los poetas griegos nos dejaron esculpidas en palabras como una admonición, para que nos sirvieran de enseñanza usando su propia voz o las de otros poetas posteriores? Todo, según podemos observar, todo es absolutamente inútil. Y, sin embargo, qué nos queda, sino repetirnos esas palabras tan simples y misteriosas como una profecía, una vez más, en un texto, buscando colectivamente, como hicieron nuestros milenarios antepasados, ese destello fugaz de esperanza que algún día nos haga ‘comprender’, comprender de verdad (un escalón

del conocimiento al que aún no ha llegado, al parecer, la especie humana) y poder así, tal vez, evitar una parte de tanto dolor que parece proceder de una fatalidad que estuviera más allá de los hombres».

Aquellos primeros modelos ya hacen, casi, abstracción de todos los componentes de la peripecia humana. Fueron capaces de imaginar todos los mundos posibles, razón por la cual hoy nos ayudan a entendernos. Nos fascina el modo en que los mitos revelan su capacidad de renovación y regeneración ante los nuevos tiempos y los retos modernos, ante sociedades absolutamente diversas y que se han diferenciado a lo largo de los siglos de aquellas otras que los crearon. Amparados por la libertad que aporta saberse parte de una cadena de transmisión que procede de la tradición literaria, los autores contemporáneos retoman los mitos para convertirlos en vehículo de sus propios pensamientos y sentimientos, de su hoy. Así, en cada nueva visita, cada nueva recreación, adquieren nuevos matices, en cada reinterpretación se enriquecen nuevamente, y siguen golpeándonos porque llegan al s. XXI sin un vestigio de arcaísmo, portando su verdad y haciéndola nuestra. Reescribir los mitos se ha convertido no en una traición, sino en una auténtica necesidad. Además, estas miradas retrospectivas permiten pasarle el cepillo a contrapelo, como nos invitaba a hacer Walter Benjamin con la historia, permiten en una suerte de inversión especular ver la historia y el sufrimiento también de los vencidos, de los avasallados y de su resistencia.

Los tres títulos que nos ocupan tienen en común el hecho de centrarse en Homero, en la *Ilíada* y la *Odisea*, desde una mirada actual. Aunque aparentemente pudieran «parecer» novelas, sobre todo dos de ellas, lo cierto es que no se dejan encasillar desde un punto de vista genérico, sino que, antes bien, podríamos hablar de tres libros que juegan con los procedimientos narrativos de manera muy particular. El libro de Mendelsohn,

más allá de una novela, es una autoficción, el de Kallifatides es una novela pero con trazas autobiográficas (una suerte de autoficción, que en realidad no es otra cosa que el lado oscuro de la autobiografía), y el de Tesson es una mezcla de ensayo, novela, viaje... un libro muy peculiar, como otros del mismo autor (pienso, por ejemplo, en *La vida simple* [Barcelona, Alfaguara, 2013], en el que, a modo de diario, narra los seis meses que pasó recluido en una cabaña a orillas del lago Baikal, a cinco días de marcha del pueblo más cercano). Obviamente no voy a hacer spoiler, sino que intentaré ofrecer una interpretación y una invitación a la lectura de estos libros que, en el fondo, suponen un viaje hacia nosotros mismos desde tres perspectivas diferentes.

Una Odisea. Un padre, un hijo, una epopeya es el descubrimiento del hijo y el descubrimiento del padre, es la búsqueda de Ítaca y la Telemaquía, es la necesidad de conocer el sentido de las relaciones familiares, es la constatación de que el viaje es más importante que el destino, es la reivindicación de los *studia humanitatis* en su vertiente más pura, de la urgente necesidad de los clásicos, es poesía, es valentía, es... el encuentro con la irrefutable verdad de los sentimientos. Este libro, que narra la relación de un padre y un hijo a través de la lectura de la *Odisea*, es una autoficción, una ficción de acontecimientos y hechos estrictamente reales, una asociación de elementos autobiográficos y de elementos ficcionales? Jay Mendelsohn, un octogenario matemático jubilado muy socrático que piensa que nunca se es demasiado viejo para aprender, decide asistir al seminario que su hijo, Daniel Mendelsohn, filólogo clásico, va a impartir en la universidad, a lo largo de dieciséis sesiones semanales, sobre la *Odisea* a una docena de jóvenes estudiantes. A lo largo de las clases, en las que al fino análisis filológico y cultural del hijo siguen los comentarios de un padre empeñado en desenmascarar a un Odiseo al que no considera en absoluto

«heroico», ambos van a salir al encuentro no solo de Odiseo en su regreso a Ítaca, sino al encuentro el uno del otro, a partir de un código de silencios, preguntas, reflexiones y pensamientos que tendrán a Odiseo y Telémaco como continuos referentes, como juego especular con su propia relación, llena de silencios, reproches, culpas, distancias... incompreensión. Y todo ocurrirá ante la presencia del «coro» que constituyen los estudiantes, espectadores de múltiples claves simbólicas, de una historia auténtica sin una sola concesión al sentimentalismo, unos alumnos con cuya inteligencia y, en ocasiones, beligerancia tendrá que luchar el profesor para hacer avanzar su lectura de la *Odisea* sin renunciar a la autoridad de la tradición. Se enfrentará al pragmatismo de su padre que cuestiona la severidad de sus lecciones y deberá hacer equilibrios para no distanciarse de él, muy alejado de sus principios, para encontrar y dar protagonismo a los vínculos que les unen. El relato va avanzando en dos planos que no dejan de cruzarse: de un lado las sesiones del seminario, que construyen una excelente guía de lectura que nos acerca a Homero y su obra y demuestra cómo la *Odisea* sigue interperándonos; de otro lado la reconstrucción de su propia historia familiar, la contradictoria relación con su padre, que se convierte en una emocionante reflexión sobre la familia, la educación, las relaciones paternofiliales y el reencuentro. El análisis literario del seminario dará paso a la crónica del viaje que ambos emprenden, unos meses después del seminario, en busca de las huellas de Odiseo (¿de ellos mismos?) por el Mediterráneo, desde las ruinas de Troya hasta Ítaca, un crucero que sellará el reencuentro a partir de lo que les une. El libro podría definirse (¿merece la pena definirlo?) como un análisis literario, una crónica de viajes, unas memorias..., pero yo prefiero pensar que es una aventura emocional e intelectual, un libro de aprendizaje que nos habla de aprovechar la última oportunidad

de reconocernos y de aceptarnos, de encontrarnos; porque en realidad, como le dijo Odiseo a Telémaco, «ningún otro Odiseo va a regresar, sino solo yo, tal como me ves aquí».

Un verano con Homero es «la transcripción de mis programas. [...] A fin de cuentas, hablar de Homero ante un micro es una historia griega: es una navegación sobre las ondas» (p. 15). Sylvan Tesson nos lleva de viaje a las Cícladas, al Egeo, ese lugar donde nacieron los personajes de la *Ilíada* y la *Odisea*, y nos cuenta la experiencia de leerlos mientras oye el mismo mar que oyeron ellos en un recorrido apasionado por la geografía homérica. Es un ensayo, una novela, un viaje, una invitación a empaparse de épica y a volver sobre los clásicos directamente, porque, como decía Italo Calvino (*Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1992), ningún libro que hable de otro libro dice más que el libro en cuestión, y las epopeyas homéricas traen impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra. El autor es un auténtico aventurero, alguien que, por ejemplo, ha cruzado a pie el Himalaya y que a su regreso lo cuenta. En esta ocasión nos lleva a través de un viaje por las palabras del mundo clásico para contarnos el mundo contemporáneo, porque Homero le permite abarcar todos los temas que nos concierne: el hombre, la soledad, la guerra, los viajes, los dioses, la curiosidad, el coraje... en resumen, viaje, amor y muerte, los tres temas de todas las grandes historias. Está convencido de que Homero tuvo la intuición de las grandes estructuras del hombre, de todas las constantes del alma, y ninguna ha cambiado; por eso sus obras se pueden leer como un «diario del mundo» actual, y por eso el autor no deja de relacionarlas con nuestro hoy. Cada convulsión histórica no sería más que el reflejo de una premonición homérica, porque «si el verbo mitológico atravesó los milenios para alcanzarnos, fue en virtud de su poder de vaticinio» (p. 252). Esta cercanía de Homero es lo que vertebraba el volumen, el viaje a dos libros que trazan

dos concepciones de la existencia, el imperativo de la medida que nutre la filosofía griega: la vida como guerra y la vida como aventura, los héroes y la aventura interior, el paso del cosmos al caos y del caos al cosmos, el imperioso deber de reparar el honor y de comportarse con heroicidad. Por momentos es una descripción, muy peculiar, del argumento de las dos epopeyas, pero también un repaso de las lecciones que podemos sacar de ellas. El recorrido es desordenado, como los pensamientos que bullen en nuestro interior cuando sentimos el pellizco de la verdad al leerlas, y se articula en nueve estancias que nos envuelven: «¿De dónde proceden esos misterios?», «La geografía homérica», «La *Ilíada*, poema del destino», «La *Odisea*, el orden de los días antiguos», «Héroes y hombres», «Los dioses, el destino y la libertad», «La guerra, nuestra madre», «La *hibris* o la perra rabiosa» y «Homero y la belleza pura». Sin duda, tiene la virtualidad de encender el deseo de volver sobre las dos epopeyas, de leerlas desde las entrañas, por necesidad. Bastaría solo su definición para empujarnos: «La *Ilíada* fue el tema musical de la maldición de los seres humanos. Las perras del alma arrojadas al campo de batalla. La *Odisea* es el libro de horas de un hombre que escapa del frenesí colectivo y procura volver a conectarse con su condición de mortal, libre y digno» (p. 86). Porque Homero sigue iluminando el enigma de nuestro futuro. Es la llamada de lo absoluto.

El asedio de Troya es una reinterpretación de la *Ilíada* en la que se minimiza el papel de los dioses y se profundiza en la mentalidad de los hombres, de modo que la epopeya homérica cobra vida con una urgencia que permite sentirla como actual y, sobre todo, revela verdades eternas sobre la locura, la insensatez de la guerra y lo que realmente significa «ser humanos». Los horrores son los mismos miles de años después. Si bien en este caso estamos ante una novela con ecos autobiográficos, un nuevo ejemplo de autoficción, el regreso a la *Ilíada* me recuerda la

adaptación para la lectura pública, y posterior publicación, que hizo Alessandro Baricco (*Homero. Ilíada*, Barcelona, Anagrama, 2005) para que, de la mano del providente Homero, pudiéramos contemplar los majestuosos paisajes de nuestro destino. La pregunta es inevitable: ¿por qué siempre volvemos a Homero? Porque fue capaz de relatar los conflictos de siempre. Año 1945, una pequeña localidad griega ocupada por las tropas alemanas desde 1941. Una joven maestra, Marina, cuenta a sus alumnos, para entretenerlos de los bombardeos ingleses y mantenerlos alejados de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, los últimos momentos de la guerra de Troya, la *Ilíada*. Día tras día. Con esta reformulación de la *Ilíada* se trenza la historia de un muchacho de quince años, enamorado de su profesora, y de su amiga Dimitra. En realidad, es el pueblo de Theodor Kallifatides, ocupado por los nazis, y el sufrimiento del chico es el del autor, que asistió a ejecuciones arbitrarias y a toda la presión de una guerra incomprensible: «la guerra de Troya no había hecho más que cambiar de nombre» (p. 169). Se alterna el relato mítico con los recuerdos de la ocupación, los bombardeos, las ejecuciones. El solapamiento de las dos guerras es lo que el autor pretende destacar, la constatación palmaria de la vigencia de Homero, de que la humanidad parece no haber progresado. Y junto al horror, el embelesamiento de los alumnos que escuchan atentos a su maestra, la fuerza con que la literatura los atrapa, el descubrimiento de conceptos como el valor y la muerte, la dignidad y el orgullo, la crueldad... el sinsentido de la guerra. Más allá de las diferencias que puedan observarse entre Homero y el relato en prosa de la *Ilíada*, aligerado de muchos elementos propios de la épica como las repeticiones, hay al menos dos elementos que sí se conservan: el tono de autoridad y la inmensa belleza del lenguaje. La grandeza queda intacta, más sobrecogedora al haber prescindido de los elementos que hoy pueden no interesar. En esta *Ilíada*

las mujeres no son símbolos, son mujeres, mujeres con hijos, con amor, y los hombres no son solo héroes, son hombres, esposos, padres... Decía el autor en una entrevista: «no he querido competir con Homero, solo he querido hacerla [la *Iliada*] más conocida entre la gente joven y los lectores en general. Y también quería contar la historia de mi pueblo durante la invasión alemana». Por eso se centra en la guerra, fuente de todas las lágrimas, en la violencia, en las personas, y, sobre todo, en un «no» a la guerra, porque, como dice en el Epílogo, «es uno de los más firmes poemas antibelicistas jamás escritos» (p. 171).

Me pregunto si esta constante vuelta a los clásicos para interpretar nuestro presente, en cierto sentido y en la idea de Sergio Blanco (*Autoficción. Una ingeniería del yo*, Madrid, Punto de Vista Editoriales, 2018), no es más que otra forma de autoficción. Estos títulos son una suerte de «ensayo», un lugar de dudas, cuestionamiento e interrogantes que nos llevan a la certeza de «ser y no ser». No es un encierro ególatra, sino, antes bien, un camino de apertura hacia los demás en un movimiento que nos lleva al pasado y hacia dentro de nosotros mismos, pues somos seres narrativos que necesitamos sentido. Hay que ser capaces de relatarse a uno mismo; a veces es muy duro hacerlo en primera persona y preferimos hacerlo reinventando los mitos clásicos. Pero, siempre, es un relatarnos nosotros a nosotros mismos, testimonio supremo de fragilidad y vulnerabilidad. De verdad.

Irene Vallejo, *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, Madrid, Siruela, 2019, 452 pp., ISBN 978-84-17860-79-0

VICTORIA RECIO MUÑOZ
victoria.recio@uva.es

DOI: 10.48232/eclas.158.15

Es difícil que a estas alturas alguien no haya oído hablar de *El infinito en un junco*, de Irene Vallejo. La autora, doctora en Filología Clásica por la Universidad de Zaragoza y por la Università degli Studi di Firenze, compagina la escritura con sus colaboraciones en prensa y otras actividades de divulgación del mundo clásico. Ha publicado dos novelas, *La luz sepultada* (Paréntesis, 2011) y *El silencio del arquero* (Contraseña, 2015), y tres antologías de artículos periodísticos, *El pasado que te espera* (Anorak, 2010), *Alguien habló de nosotros* (Contraseña, 2017), *El futuro recordado* (Contraseña, 2020), y *Manifiesto por la lectura* (Siruela, 2020). Escribe de forma habitual en el periódico *Heraldo de Aragón* y desde hace unos meses es responsable de la columna «El atlas de Pandora» en *El País*.

«Este brillantísimo ensayo», como así lo ha calificado Luis Alberto de Cuenca, lleva ya veinte ediciones y se sitúa entre los libros de ensayo más vendidos de nuestro país. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Ensayo 2020, el Premio el Ojo crítico de Narrativa 2019, el Premio Las librerías recomiendan de No ficción 2020 y el Premio Búho al Mejor libro de 2019 que otorga la Asociación Aragonesa de Amigos del Libro. Este éxito de crítica y público no es casual, pues Vallejo consigue trazar un recorrido por la historia del libro al alcance de un lector profano, aunque sin renunciar al rigor científico, como dan buena cuenta sus abundantes notas y la extensa bibliografía que utiliza. Erudición y divulgación conviven para apoyar un sentimiento que compartimos todos los amantes de las letras: el amor por los libros.

La originalidad de la obra —y, a mi juicio, una de las claves de su éxito—, radica en la visión personal, incluso íntima, que ofrece la autora de sus experiencias como lectora, filóloga e investigadora, pero también como alumna, hija y madre. No estamos ante un ensayo al uso, pues sus personajes, a menudo anónimos u olvidados (narradoras, escritoras, bibliotecarios, traductores, etc.), cobran vida y desempeñan un merecido papel protagonista como responsables de la conservación del conocimiento en sus múltiples formatos.

Como es evidente, ocupan un espacio relevante los procesos de producción literaria y sus orígenes: la importancia de la oralidad, los diferentes soportes, el nacimiento de las bibliotecas, el incipiente mundo editorial, etc. Se explican con ingenio y con constantes paralelismos con el presente las vicisitudes que han tenido que sufrir los textos: guerras, saqueos, incendios, epidemias, censura, etc. De la historia universal se pasa también a las pequeñas tragedias de la vida de cada uno, pues Vallejo deja claro que la literatura es, asimismo, refugio y consuelo en situaciones difíciles como la enfermedad, el duelo y otras crisis vitales. Especialmente conmovedor es el relato de la experiencia de la propia autora, que cuenta cómo Stevenson, Ende, London o Conrad, entre otros, la ayudaron a superar el dolor del acoso escolar sufrido durante su adolescencia.

Con un gran talento narrativo Vallejo va desgranando episodios conocidos como la invención del alfabeto, el nacimiento y el fin de la Biblioteca de Alejandría, las primeras bibliotecas públicas en Roma o el milagro de la conservación de los papiros de Herculano con oportunas referencias a debates muy actuales: los límites del humor, la posverdad o la voz literaria de las mujeres. En este sentido, merece una mención especial el capítulo «Tejedoras de historias» en el que reflexiona sobre la aportación intelectual de estas a la historia de la lectura, muchas veces borrada a pesar de haber desempeñado un

papel determinante en la educación de los hijos y en la conservación de la memoria familiar a través de sus narraciones orales.

Es cierto que conocemos las historias, los mitos y las anécdotas mencionadas y aunque a veces experimentamos una ligera sensación de *dejá vu*, el placer de recordarlas, en su más estricto sentido etimológico, y revivirlas a través de los ojos de la autora superan esas reticencias iniciales. Contribuye a ello el hecho de que la escritora acompañe sus reflexiones de un estilo que atrapa y emociona al mismo tiempo, lo que da calidez a unos personajes antiguos que a veces parecen fríos y alejados de nuestro mundo. Lograr esto es un auténtico arte que no está al alcance de todos los escritores.

Su sensibilidad a la hora de narrar, su orientación didáctica y su capacidad de contagiar el amor por la lectura de los clásicos hacen que muchos de sus capítulos deban recomendarse en los centros educativos.

«Somos los únicos animales que fabulan», dice en el capítulo con el que cierra el volumen, una invitación a seguir haciendo lo que nos es propio: leer y escribir. Le agradecemos este homenaje a la literatura que supone *El infinito en un junco* y le deseamos una espléndida carrera en la que continúe con la labor de divulgación de los Estudios Clásicos, tan importante a la hora de reivindicarlos y que a menudo descuidamos en el ámbito académico.

Marta Monedero, *La otra Grecia. Viaje a Salónica, Macedonia y los Balcanes del sur, Madrid, La línea del horizonte, 2019, 181 pp., ISBN 978-84-17594-40-4*

ALICIA VILLAR LECUMBERRI
alicia.villar@uam.es

DOI: 10.48232/eclas.158.16

En este libro la periodista Marta Monedero da cuenta de los viajes que ha realizado por Salónica, Meteora, Ioannina, Albania y Skopje. Es esta una narración particular, muy

personal y, por eso, necesariamente parcial, tanto en los lugares que visita como en las percepciones que tiene de ellos. Constituye, sobre todo, un recuento de impresiones.

Nada más empezar la lectura me percaté de que la autora escribiría furiosa, quizás para ser consecuente con el título del primer capítulo del libro que tuvo a bien llamar «Furia balcánica». Y es que nos presenta a la que será su compañera de viaje en Tesalónica, una griega «sesentona, de nariz ganchuda, bruja y mafiosa», amén de agresiva, a la que sus amigos llaman Miranda, en recuerdo del general de la independencia venezolana que terminó muriendo exiliado en Grecia. Este primer impacto causa pavor y más al leer la sentencia de resonancias amenazadoras que cierra el párrafo: «en el norte de Grecia las cosas nunca son como parecen. Aunque todavía ignoraba hasta qué punto». Así que la ilusión se torna en zozobra y el lector se pregunta si no va a ser temeridad seguir leyendo. En el párrafo siguiente la tensión aumenta: «yo sabía que las griegas son de armas tomar. Y Miranda no iba a defraudarme». En ese momento, la duda se tornó en inquietud. Pero un poco después, al hilo del relato, esbozamos una sonrisa al recordar a amigas griegas que son capaces de conducir una moto y hablar por teléfono al mismo tiempo, sin inmutarse.

El segundo capítulo se titula «Sefardíes». En él se nos dan más señas de la protagonista griega: «Soy religiosa... muy religiosa, de derechas y alcohólica». No en balde un amigo la identifica como «la generala Miranda. Sin duda, el epíteto socarrón del amigo ateniense responde a la caracterización grotesca de una mujer que tiene iniciativa y organiza las idas y venidas del grupo de amigos y no tiene reparos en hacer un comentario, por punzante que sea, cuando viene al caso. Lo interesante del capítulo es, sin embargo, que se nos hace un recorrido por el corazón de Tesalónica, salpicado de referencias históricas con las que la autora hilvana su relato.

Con el tercer capítulo, «Los hijos de Alejandro» descubrimos de dónde proviene el nombre de Salónica y quién fue Alejandro Magno, cuya caracterización es discutible, al menos, si va acompañada de la anacrónica opinión: «No deja de ser extraño que un militar culto, *pero militar, al fin y al cabo*, trajera la cultura oriental hasta Europa» (cursivas mías). Tampoco acierta en el tono cuando hechos fundamentales y a veces dolorosos de la propia historia de Grecia son presentados como simple antojo heleno: «Los griegos *se empecinan* en denominar al país vecino Antigua Yugoslavia (sic) de Macedonia (FYROM son sus siglas en inglés) porque *consideran* que la única Macedonia legítima es la del norte de Grecia y que ellos son los herederos de Alejandro Magno» (de nuevo, cursivas mías). El capítulo cierra con una mención a las Incantadas, nombre ladino con el que se denominan cuatro esculturas de piedra de la antigüedad tardía, que formaban parte del antiguo foro de Salónica y que hoy han desaparecido; para los judíos sefardíes representaban a mujeres «encantadas», llenas de magia, que nada tienen que ver con los fantasmas que apunta el texto.

«A la Romana», el cuarto capítulo, nos adentra en la parte histórica romana de Salónica, la visita a la Rotonda, el complejo monumental más relevante de la época del emperador Galerio, casado con Valeria, la hija de Diocleciano. Al final, tras un día de visitas, volvemos a lo personal y costumbrista: Miranda acaba practicando un exorcismo a su amigo Alex, para quitarle el mal de ojo, una práctica muy arraigada en la sociedad griega, pero que la escritora no acaba de entender: «Lo más sorprendente no era que ella oficiara un exorcismo de estar (sic) por casa, sino que él lo aceptara como lo más normal del mundo». En el recorrido por la ciudad se visita también el Museo Koromilá, que toma el nombre del cónsul general griego que fue clave en las luchas contra los búlgaros; en él uno se hace una idea de la historia más reciente del

norte de Grecia. Igualmente es acertada la recomendación de visitar el monasterio de los padres Paúles, que alberga la colección de arte ruso Costakis.

Los tres capítulos siguientes conforman el recorrido, en autobús, por Skopje, la capital más fea del mundo, según leemos. Luego, se pasará por el lago de Ohrid y su balneario; el frío arrecia al llegar a Bitola, la antigua Monastir, que está plagada de mezquitas, sinagogas e iglesias.

La autora nos indica que Macedonia es un país joven, cuyo gobierno hizo cosas tan absurdas como prohibir el matrimonio homosexual. Y en este mismo sentido, encontramos comentarios jocosos sobre la estatua de Alejandro Magno o de Ptolomeo, que parecen gays, o sobre las tendencias homosexuales de los monjes del Monte Athos. Este tipo de observaciones pretenden evitar la monotonía de una simple descripción de lugares uniéndoles un toque personal y anecdótico, que no siempre resulta acertado.

Albania es el destino del siguiente viaje que van a realizar los protagonistas, un grupo de amigos muy *sui generis*. Ese viaje exige el paso por la capital del Epiro, Ioanina, a cuyos pies se mece el lago Pamvótida, en el que se erige la mezquita del Alfí Pachá. Por su parte, la entrada a Albania la hacen acompañados por un albanés, Niko, que se encargó de darle cinco euros al policía de la aduana para que les dejara pasar y se encargará de darle masajes al monje, en la furgoneta, para que pueda sobrellevar el viaje, al tiempo que Alex se encargará de morderle la nariz al monje. Una más de estas pinceladas que dan al relato un cariz grotesco. De esta manera, atraviesan un país que se presenta como corrupto y atrasado, en el que por honor se practica la *vendetta* y es el propio suegro quien regala al yerno el día de la boda una bala para que la use en el caso de que su mujer mancille su honor. Llegan a Butrinto, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en los años noventa; contemplan sus mosaicos y

posteriormente tras pasar por Berat, recorriendo el país en la furgoneta, desembocan en Tirana, la capital de la corrupción, según la autora. Tras varias paradas y visitas, los protagonistas regresan a Salónica.

Muy interesante es el capítulo titulado «El país de la tragedia», denominación que le da un griego a su país al recordar la catástrofe de Asia Menor, en 1922, y el sufrimiento de los griegos, que fueron expulsados de su ciudad o, muchos de ellos, masacrados. Es esta parte del libro se presenta un *collage* de la historia de la Grecia de Venizelos, la del «NO» de Metaxás, la de los coroneles, pasando por 1974, año en el que gana las elecciones Karamanlís, y llega a 1981, cuando Grecia entra en la Unión Europea.

Una excursión obligada en este recorrido es la que realizan a Meteora, donde visitan monasterios en lo alto de las rocas, empezando por el Gran Meteora, desde el que se divisa la llanura de Tesalia. Cabe reseñar que los viajeros toman bocadillos de atún, queso y pimientos, como lo harían los turistas extranjeros, prescindiendo de ir a la taberna «Neromylos», en Litochoro, como harían los griegos. Y es que el ritual de la comida, para un griego, es algo tan sagrado como el paraje del que estamos tratando.

Habrà de pasar un año hasta que la viajera vuelva a Salónica y contemple el Monte Santo desde el mar. En efecto, el acceso al Monte Athos está prohibido a las mujeres y lo único que se puede hacer es contemplar la península desde un barco que comienza el trayecto en Uranópolis. La autora confiesa cómo había imaginado ese lugar cuando leía libros de viajeros, pero de pronto, da un giro de 180 grados y escribe: «Fue en aquel momento, teniéndolo tan cerca, cuando concluí que tampoco me importaba tanto ver el Athos. ¿Resignación bien llevada?». Sentimos disenter: no hay resignación que valga ante una maravilla de la naturaleza, con valiosísimos tesoros bibliográficos y artísticos cuyo disfrute nos está vetado a las mujeres.

Recuerdo mi respuesta, en clase de alemán, siendo yo muy joven, cuando la profesora nos retó con la pregunta «¿qué haríais si fuéis invisibles?» y, ante las respuestas llenas de picaresca de mis compañeros, yo respondí que iría al Monte Athos.

El libro cierra con «Boda en Egina», un capítulo que nos deja una sensación agri dulce. Sentimos la euforia del viajero al llegar al puerto de El Pireo dispuesto a embarcar. Pero, de nuevo la buena predisposición que tiene un lector ante una nueva aventura se trunca si lee algo como «Me clavaron cinco euros por un café con leche, en un bar de encanto nulo. Ahí estaba yo, en pleno agosto, resignada ante una Grecia que levanta la camisa al turista». Y es que hay una diferencia entre sentirse turista o viajero, que la autora no parece llegar a establecer. Algo semejante sucede unas líneas después, cuando la visitante llega a la isla de Egina y se vuelve a quejar: «...fue poner el pie en tierra y ser asaltada por un taxista que no me dio opción alguna y decidió llevarme al

hotel Brown, que estaba a tiro de piedra». ¡Claro que los griegos te embaucan antes de que te hayas percatado de que han aparecido! Pero damos fe también de que, a la llegada a Egina, con maleta incluida, en pleno mes de agosto, se impone coger un taxi para llegar hasta el hotel Brown, pues hay que recorrer toda la bahía y no está tan cerca para ir cargada. Con todo, cerremos esta lectura con un buen sabor de boca, los pistachos de Egina, que se llaman *fystikia* en griego, si bien siempre se enfatiza su procedencia *Eyinis* (esto debe haberle confundido a la autora quien afirma que los pistachos se llaman directamente en griego «egina»).

El libro se limita a recopilar las vivencias de una turista, a modo de diario, pero no llega a ser un relato de viajes y, sobre todo, resulta poco convincente en su intento de descripción costumbrista. Sea como fuere, Grecia es Grecia, un país de belleza natural, con unos habitantes hospitalarios, que saben acoger al visitante y al que el viajero, cual Odiseo, siempre quiere volver.